

Los lamas de



Texto y fotos: JUAN ANTONIO PÉREZ ARCE

Un viaje por el alto Amazonas nos ha llevado hasta Lamas, el poblado que fundara el conquistador cántabro Martín de la Riva Herrera en el siglo XVII. Los indígenas del lugar viven en un estado de pobreza extrema. **Caja Cantabria**, sensible a esta situación, ha destinado una ayuda económica a la organización no gubernamental para el desarrollo (ONGD) Asociación Cultural Torre de Venero para poner en marcha un proyecto de alimentación en un comedor de niños lamas. Mientras, en los prados de Gajano, la torre de defensa de los Riva Herrera permanece erguida y en venta, al no haber prosperado algunos intentos de compra del Gobierno de Cantabria. A muy pocos metros se encuentran las ruinas del palacio familiar, cuyo último muro fue derribado el pasado año.

Perú



Entrada al "wayku" indígena.

Una visita al poblado peruano fundado en el siglo XVII por el cántabro Martín de la Riva Herrera



Grupo folklórico ensayando en las calles de Lamas.



Vivienda tradicional del poblado.



El autor del reportaje (a la derecha) y su compañero de viaje, el cooperante cántabro Ángel Rodríguez (a la izquierda), junto al donostiarra Santos Iztueta, obispo de la diócesis.



Conquistadores cántabros

El general Martín de la Riva Herrera, nacido en Gajano en 1616 en la casatorre que aún se conserva, fundó la ciudad de Lamas, en la región peruana de San Martín, después de la inicial conquista de otros territorios de esa zona por el también cántabro Alonso de Alvarado, fundador, a su vez, de la ciudad de Moyobamba (de hecho, la calle más larga de esa localidad está bautizada con su nombre).

Martín de la Riva era hijo del almirante Bartolomé de la Riva Herrera, y desde muy joven se dedicó a la vida militar. En 1642 fue nombrado corregidor de la ciudad peruana de Cajamarca, y desde allí organizó la conquista del alto Amazonas, que culminó con éxito en cuatro años. Como capital de los territorios conquistados fundó, en 1656, la ciudad de Santander de la Nueva Montaña, que luego quedó reducida a un poblado, y de la que, actualmente, no se ha podido localizar ningún vestigio. De la Riva llegó a ser gobernador general de esta ciudad, así como de Moyobamba, San Francisco de Borja, y de varias provincias, como la de los Motilones, en la que se instalaron los lamas y otros grupos indígenas. También fundó el pueblo del Triunfo de la Santa Cruz de los Motilones, en el que estuvo integrado inicialmente el barrio de San José de Lamas. Había entonces unos 620 indígenas en ese lugar (hoy la población lama tiene un censo de 700 familias), y el general pretendió concentrar allí a todos los indios, la mayor parte de los cuales vivía en la montaña conocida por los conquistadores españoles como “La Loma”, de donde surgiría posteriormente el nombre de Lamas.

Tras una insurrección de los indios tabacosas, los habitantes de Lamas fueron concentrados en un fuerte militar creado por el conquistador cántabro. El capitán Alonso de Alvarado conseguiría capturar al cacique Ojanasta, máximo responsable de la revuelta, que fue luego ejecutado por orden de Martín de la Riva. Precisamente, en nuestra visita al territorio acompañando al obispo Santos Iztueta, nos encontramos, en el camino hacia Moyobamba por la llamada carretera marginal, con el indicador de un poblado con el nombre de Alonso de Alvarado.

El fuerte de Lamas fue transformado, más tarde, en la ciudad del mismo nombre. En el acta fundacional Martín de la Riva deja pendientes posteriores decisiones sobre la organización civil del poblado al criterio de los habitantes, y hace constar el deseo de que los indios sean debidamente considerados. Sin embargo, la crítica a su gestión procedió del lado de los jesuitas, que alegaban los derechos de los indios y llegaron a calificar de intromisión injusta la presencia del cántabro en el alto Amazonas. Los jesuitas respaldaron posteriormente el nombramiento de Juan Francisco Vaca —vinculado a la Compañía de Jesús— como gobernador general en sustitución de De la Riva Herrera, que fue totalmente desplazado. A partir de ahí, la mayor parte del territorio conquistado volvió a ser invadido y destruido por los indios, principalmente por los jíbaros, y comenzó el declive de la ciudad de Santander de la Nueva Montaña. En compensación, Martín de la Riva fue nombrado, en 1659, corregidor de Cuzco; pero sus herederos, a la muerte de éste, sucedida en 1684, se vieron privados de los beneficios conseguidos por las conquistas del norte del río Marañón.

El historiador Joaquín González Echegaray, que ha publicado un trabajo de investigación sobre Martín de la Riva, asegura que la valerosa conquista del general cántabro ha sido desconocida o menospreciada en la historiografía de América, a pesar de que, según su criterio, esa gesta debe ocupar un puesto destacado en la colonización del nuevo continente. ■



Escultura de Martín de la Riva en la plaza de Lamas.



Casa-torre de la familia De la Riva, en Gajano.



Indicador del poblado Alonso de Alvarado, en Moyobamba.

Los lamas están asentados en una pequeña provincia de la región de San Martín, muy cerca de la ciudad de Tarapoto, al norte de Perú. Son descendientes de los antiguos *chancas*, que plantaron sitio al Cuzco de épocas precolombinas y vencieron al rey inca, aunque después fueron capturados y apresados, huyendo, más tarde, a la selva norte. Los *chancas* o lamas actuales, que también ocuparon otros lugares de la Amazonia, sometieron a la población de la selva norte en la que tienen ahora su asentamiento, y se establecieron inicialmente en el barrio más alto de la parte central de la región. Pureza de sentimientos, sentido familiar y capacidad de trabajo son algunas de las mejores virtudes de este legendario pueblo.

COCA Y MEDICINA NATURAL

La región de San Martín cuenta con 500.000 habitantes, de los que 50.000 son de origen lamista. De Lima a Tarapoto se puede viajar en avión en media hora, y desde esta ciudad a Lamas lo más recomendable es desplazarse en taxis colectivos, que tardan unos veinte minutos en cubrir los 25 kilómetros que separan las dos localidades.

Cercado por la bravura de tres ríos —Huallaga, Biavo y Sapo—, el camino de Lamas desde Tarapoto, de un verde iluminado por el desbordante sol de la Amazonia, transcurre entre llanuras, montículos, bosques, huertas y algunos sembrados, en los que se cultivan la yuca y el plátano sancochado, el arroz, el mango, la guayaba, el algodón o la caña de azúcar, si bien en mínimas producciones que apenas solucionan el sustento diario. La cría de aves de corral y la producción de café completan los esquilados recursos, explotados e indebidamente aprovechados por intermediarios de un comercio injusto que desprecia el valor de la mano de obra indígena.

Los años dorados de la producción de la coca, autorizada hasta mediados de los 90, dejó mucho dinero fácil en la región, pero, tras la prohibición, es difícil encontrar explotaciones alternativas que llenen ese hueco. Hace falta tecnología y cadenas comerciales, además de un fuerte estímulo que logre consolidar los buenos hábitos laborales.

En Lamas, tierra de la medicina tradicional, fluye el verde intenso de la naturaleza. Aquí, en otros tiempos, venían a restablecer su salud enfermos aquejados de diversos males. Hoy, aquel poblado, ahora capital de provincia, ya no es lo que era. La deficiente alimentación y las condiciones higiénicas no facilitan una vida tan saludable. Como dato significativo, y según estadísticas oficiales, en el año 2002 se dieron cuatro casos de fiebre amarilla.

CAPITAL FOLKLÓRICA

Pero Lamas es también conocida como “la capital folklórica de San Martín” por la autenticidad de



Hilando en la puerta de casa.

sus fiestas indígenas y sus tradiciones ancestrales, que culminan el 30 de agosto con la festividad de Santa Rosa de Lima, de gran devoción para los antiguos *chancas*. La singularidad de la pequeña ciudad, que sigue pareciendo un antiguo poblado, las fiestas tradicionales y el museo histórico, creado por una religiosa compasionista española, justifican la visita turística.

La población local está concentrada hoy en dos grandes núcleos urbanos: por un lado los mestizos, residentes en el área urbanizada del poblado —conocida como “el segundo piso”—, con buenas casas y caminos de asfalto; y por otro el *wayku* o campamento indígena de los lamas —“el primer piso”—,



salpicado de senderos de arcilla, con casas de tierra prensada, sin pintar, sin ventanas –por un heredado temor a los fantasmas–, y bastante más humildes que las anteriores. Los lamas tienen costumbres y hábitos diferentes a los mestizos. Los apretados lazos familiares son característicos entre ellos, y hablan quechua y castellano.

CAMINO DEL WAYKU

Para acceder al poblado indígena es necesario subir alguna cuesta y serpentear rocas y laderas. En los últimos años la vivienda ha mejorado, y prácticamente ya no se construyen las antiguas casas de tejado de *simba*, material similar a la palmera. La barriada lama, que ofrece la imagen de un gueto, está rodeada de árboles. Sus pobladores, muy preocupados por su higiene personal, acostumbran a asearse al atardecer en los manantiales escondidos en las curvas desiertas de los senderos de tierra, con el recato que les inculcaron sus antepasados.

Los indios realizan largas caminatas, no sólo para desplazarse a la *chacra* (como denominan a la huerta), sino también para conseguir tierra prensada para sus casas, que transportan en unos cestos sujetos a la cabeza por un cinturón. Los lamas de hoy siguen dependiendo económicamente de sus *chacras*, que, sin embargo, no pueden aportarles lo más elemental para la supervivencia. Aún trabajan con aperos tan antiguos como el machete y el hacha, y, para superar su estado de penuria, se muestran interesados en que sus hijos acudan al colegio

y reciban una formación que les abra las puertas de un mejor futuro. Los lunes abandonan el hogar, y dejan a sus hijos –incluso a los de más corta edad– solos en casa durante toda la semana. Los viernes por la tarde es habitual ver a los pequeños caminar en dirección a las *chacras*, para regresar al día siguiente acompañados de sus padres.

Hasta el *wayku* no llegan los taxis colectivos ni los autobuses. El sentimiento étnico perdura entre los indígenas mayores, que lucen las prendas tradicionales, entre las que no falta el pañuelo a la cabeza de la mujer y la pollera. Algunas indígenas hilan el algodón sentadas a la puerta de sus viviendas, como en tiempos seculares. Allí no hay tiendas, bares ni restaurantes. La zona comercial está unos metros más arriba, en el barrio mestizo.

LA EFIGIE DEL CONQUISTADOR

Hay una distancia evidente entre los mestizos y los lamas, aunque la situación no sea tan extrema como en siglos pasados. Los descendientes de nativos y españoles dirigen la alcaldía y disponen de más medios de vida, pero, en cualquier caso, el paso de los años ha mejorado las relaciones entre unos y otros.

El comercio se asienta en el barrio de los mestizos, conocido también por “el segundo piso”, y en él sobresale la plaza de armas, con un bonito jardín. Allí nos espera la efigie del conquistador cántabro Martín de la Riva Herrera, saludando a un indio. A la derecha, la municipalidad, y, dos calles



Calle del barrio mestizo de Lamas.



Mujer indígena delante de las viviendas actuales.



Un grupo de niños en el comedor subvencionado por **Caja Cantabria**.

mas abajo, residen las Misioneras de Nuestra Señora del Pilar, una comunidad de religiosas de Zaragoza que se ha convertido en el apoyo de los más humildes.

COMER BIEN PARA RENDIR MEJOR

Las hermanas dirigen también un centro de salud subvencionado por instituciones españolas, entre las que figuran Cáritas y Manos Unidas. Las misioneras, que viven en Lamas desde 1988, abrieron un comedor en 1996 en el barrio indígena, y lo sostienen *estirando* las donaciones, que nunca son suficientes. El proyecto cuenta con el apoyo de **Caja Cantabria**, que subvencionará los alimentos que se suministren en ese comedor durante un curso escolar.

Las misioneras nos informaron de la existencia de una infancia indígena con grandes carencias afectivas, y de un colectivo de adolescentes empujados fácilmente a la delincuencia, a la subversión social, y a la paternidad precoz e irresponsable. También comentaron el alto índice de fracaso escolar detectado en el área indígena de Lamas: *“La deficiente alimentación –dice la hermana María Victoria– es una de las causas del escaso rendimiento”*. Las monjas preparan diariamente la comida para 196 niños, la mayoría escolarizados en el colegio

público Martín de la Riva Herrera, inaugurado en los años 50.

Los misioneros españoles han escrito en la historia de Lamas capítulos fundamentales para el progreso. Un taxista nos recuerda la historia del padre *Pacho*, el religioso pasionista guipuzcoano Francisco Gorostegui Zabala, que llevó el agua a Lamas en la década de los 90 con un proyecto del Gobierno vasco.

El día de nuestra visita los escolares indígenas, pulcramente uniformados, hacían cola en la puerta del comedor de las hermanas. Dentro les espera un plato de arroz, o garbanzos, ensaladas, fruta... y vasos de cacao soluble preparados por las monjas con la ayuda de algunas madres. La mayor parte de los niños van correctamente calzados, si bien una minoría –algo más que testimonial– sigue descalza. Aún hay mucho que hacer en los territorios conquistados por Martín de la Riva.

Regresamos a España con el pesar de no haber hallado ningún rastro de Santander de la Nueva Montaña, la ciudad fundada entre los ríos Pastaza y Marañón por el conquistador de Gajano. Ni siquiera el obispo de la diócesis, el donostiarra Santos Iztueta, buen conocedor del territorio en el que viene trabajando desde hace más de diez años, pudo darnos la más mínima información sobre su emplazamiento. ■

